

Sinfonía Incompleta e inédito no sé por qué razón.

Es, por otro lado, actividad *de las artes plásticas*, esta artística de que la mano es objeto: la mano en el dibujo, en la pintura, en la escultura, donde no la contemplamos sólo formando parte de los cuerpos respectivos, sino desprendida de ellos, sola, con harto mayor frecuencia que en la literatura, si nos representamos en momentánea, pero sintética revista imaginativa todos los "estudios" en que la contemplamos así.

¿No estará agotada la cultura de la mano en todos sentidos? No. Porque la mano no es objeto de tan múltiple actividad solamente, adverbio que, después de todo lo enumerado, resultaría singularmente paradójico, si no lo hiciera indispensable lo que voy a añadir: que la mano es también objeto de *inactividad* y que en ésta parecen la cultura de la mano y esta misma subir a su cimero ápice. La mano puede ser objeto de "ocio" y esta mano "ociosa" bien pudiera ser la mano "por *excelencia*". . . Mano era la extremidad que se había alzado sobre el suelo definitivamente. Pues bien, sobre el suelo sólo se ha alzado definitivamente la mano poderosa para ser sujeto, susceptible de ser objeto de aquellas cosas que más requieran, que requieran indispensable-

mente haberse alzado sobre el suelo por tal definitivo modo — y éstas son las que constituyen exclusiva de esta mano ociosa. Únicamente esta mano ociosa puede adquirir y conservar las formas pulidas, agudas, refinadas de una "distinción" en el sentido más propio de esta voz. . . — ¿No se impone una conclusión a primera vista tremenda? Si no todos los hombres tienen esta mano y esta mano es la mano humana por excelencia, es que — ¿no todos los hombres lo serían igualmente, serían igualmente humanos? — En efecto: el término "humanidad" no tiene sólo el sentido de "naturaleza humana", común por igual a todos los hombres; ¡tiene también el sentido más restringido y elevado, a la vez, de un peculiar refinamiento, distinción y excelsitud de la humana naturaleza, ya no común por igual a todos los hombres, sino exclusiva de aquellos que han subido a una cierta cultura: la de la mano, la mano ociosa, son a una causa y efecto o manifestación de esta peculiar "humanitas". . .

Tal es la rica vastedad de la cultura de la mano en su doble sentido. Toda ella es exclusiva del hombre en iguales términos que la mano misma. Es afirmación que no necesita más prueba que recordar las otras dos de las que se concluye: que la mano es exclu-

siva del hombre y que de la mano es toda esta cultura. ¿No se impone una convicción: que tampoco ella cabe íntegra en estas conferencias, que una vez más, es forzoso, elegir? Pero ¿qué? ¿Hay entre todo aquello de que la mano es sujeto y objeto algo tan singularmente destacado, que no resulte arbitrario el preferirlo? Para mí, sí, puesto que entre todo ello encuentro una cosa, y ella sola, en la que concurren todas las siguientes: ser un movimiento de la mano que *está relacionado con las funciones del coger, tocar, sentir y hacer sentir placer y expresar* de ella y que *requiere* de la misma *una complexión, una cultura, un ocio*, en términos que hacen de este movimiento aquella manifestación de la cultura de la mano en que esta cultura *culmine quizás esencialmente, en que la mano sea mano más propia y plenamente*, y que como consecuencia ha *inspirado tropos y un saber de singular significación*.

Los hombres de otros días tenían por el más noble de los movimientos en sentido propio, es decir, de los movimientos de la materia inorgánica y de los movimientos orgánicos, en especial de los animales, el de volar, y se figuraban como vuelos los movimientos del espíritu — aún hoy decimos “los vuelos del espíritu”, “un espíritu de altos vuelos” — y

como aladas las criaturas más excelsas, los espíritus puros, los ángeles. Hay indicios para conjeturar que no hubieran seguido teniéndolo por tal, ni haciéndose figuraciones semejantes, de haber llegado a verlo entrar en el número de los movimientos mecánicos, efectuados por los productos de la industria humana, o por el hombre mediante ellos. En todo caso, si por tal lo tenían, era por ser el movimiento en que los seres corpóreos más se alzan y se deshacen del suelo, de la tierra, como volviéndose ingravidos, inmateriales, cual el espíritu y los espíritus puros. Por lo que, a pesar de los indicios aludidos, no dejaba de ser para ellos un nostálgico mal que les pedía justificar expresamente de él al Creador del hombre, el no haber sido éste creado con alas y potencias de vuelo. “Solamente veo que no pudo el hombre imitar las alas de las aves, lo cual me parece que nos fué prohibido con admirable providencia, porque de las alas no les viniera tanto provecho a los buenos como de los malos les viniera daño”, dice el Maestro Oliva con presciencia verdaderamente magistral. Pues bien, por lo misma razón señalada es al par *el más noble de los movimientos de la mano, la más noble de todo aquello de que la mano puede ser sujeto, si no de todo aquello de que objeto, y aquello en que la mano es*

mano más propia y plenamente, y por lo mismo lo más exclusivamente humano de que puede ser sujeto, si no objeto, el movimiento de acariciar. La mano es mano propiamente, plenamente, en la medida en que se ha alzado sobre el suelo: pues, en nada se revela tan alzada sobre él, porque nada requiere tanto de ella haberse alzado sobre él, como en la caricia. En la mano acariciadora, cariciosa coinciden esencia, altura y nobleza — del hombre. Sin duda por todo ello es por lo que los hombres empleamos las palabras de la familia de la palabra “caricia” en sentido figurado para referirnos a las cosas que conceptuamos más delicadas, que estimamos más caras. Aún los menos poéticos de nosotros decimos frecuentemente que “acariciamos ‘una’ idea”, una “ilusión, una “esperanza”. Pero Carlos Pellicer ha escrito:

*Orillas del mes de junio
que en una estatua se aíslan;
la lluvia después le deja
cadáveres de caricias.*

De esta aproximación de la caricia y la muerte hemos de ver el sapiente acierto, en que se acredita la intuición del gran poeta. Porque,

que de todo lo relacionado con la mano, aquello por lo que puede saberse del hombre más y mejor es la caricia, acaricio la esperanza de que lo muestren las inmediatas conferencias.